

Humberto Giannini

ANOTACIONES ACERCA DEL LENGUAJE DE  
LA PREDICCIÓN

*Y decidme si podéis penetrar en los gérmenes del tiempo  
y predecir cuál semilla cuajará y cuál no . . .*

*Macbeth, I, escena III*

Dado que el lenguaje de la predicción o *del vaticinio*, como vamos a llamarlo, es algo que hacen tanto la sibila, el agorero como el astrónomo y el economista, nos ha sido preciso buscar una definición que de alguna manera, y sin menoscabo, comprenda a todos. Quisimos, además, que esta definición tuviera en lo posible el carácter de una definición lingüística<sup>1</sup>, para así evitarnos los problemas que acarrea la incompetencia en asuntos que sólo lingüísticamente caen bajo el nombre común de 'vaticinio'.

Y hemos llegado a esta definición, que no nos parece tan lejos de ser satisfactoria: 'Decimos que la proposición enunciativa A, que anuncia el fenómeno f, es un vaticinio cuando: a) f ocurre *después* de haber sido pronunciada A, y b) cuando el emisor de A mantiene con f *sólo* la relación (R) de 'enunciar f', es decir, cuando no interviene a fin de que A sea verdadera'.

Desde nuestro actual punto de vista importa destacar lo siguiente: a) que f ocurra después de A, donde el 'después' es una distinción lingüística y da margen para que sea medido en cualquier unidad temporal. Así, son vaticinios tanto la proposición 'te vas a caer' como la que afirma un eclipse de sol para el año 2001; b) que quien dice que algo va a ocurrir no produzca él mismo aquello que predice, que no lo produzca *voluntariamente*. Pero, como el concepto de 'voluntad' podría ser tachado por controvertible, preferimos decir que el emisor de A mantiene con f *sólo* la relación de 'enunciar f'. Podríamos haberlo expresado de la siguiente manera: b) 'cuando la verdad de A no la decide el emisor con una nueva relación R' conocida por el emisor antes de que se produzca', pero, nos pareció demasiado complicado. De tal manera: 'voy a fumar', por ejemplo, no es un vaticinio puesto que es el emisor el que *puede* decidir acerca de la verdad o falsedad de lo que enuncia; c) que se entienda por 'fenómeno' cualquier cambio que se produce 'fuera de A'. Hablamos de 'fenómenos físicos', 'fenómenos de conciencia', 'fenómenos sociales',

<sup>1</sup>La definición lingüística habla de cómo son ciertas proposiciones en relación a ciertos hechos reales o posibles. No tiene nada que ver, entonces, con la llamada 'definición nominal'.

'fenómenos míticos', etc. cuyas particulares descripciones no serán dadas aquí.

No importa, en cambio, para nuestro actual punto de vista: a) la forma de fundamento que tiene A o el hecho de no tener fundamento alguno. No importa, en resumen, que esté apoyada en el conocimiento de una regularidad (ley), en una intuición genial o que pueda ser calificada simplemente como juicio irresponsable. De todos modos es vaticinio en cuanto predice lo que va a ocurrir de un modo determinado; b) tampoco importa, desde nuestro punto de vista, que A *falle o no se cumpla*. La proposición A es un vaticinio sólo por la forma en que es enunciada y por su forma de relacionarse al fenómeno f.

No obstante, nuestro interés se centrará ahora sólo en los vaticinios que *no fallan*, en los vaticinios que se cumplen. Establecido esto, vamos a fijar un criterio de clasificación que será válido sólo para ellos. Tal criterio tiene que ver con las relaciones posibles entre la proposición A y el fenómeno f<sup>2</sup>.

A. Hay un género de vaticinios —y que llamaremos 'normal'— cuyo cumplimiento no depende del hecho de que exista una proposición que enuncia tal cumplimiento. Es normal ya que se encuadra en una característica universal de las proposiciones enunciativas: una proposición enunciativa sólo debe *significar* lo que enuncia. Dicho de otro modo: el fenómeno enunciado es independiente de que existan o no existan proposiciones acerca de él<sup>3</sup>. Parece ser una sana actitud frente al conocimiento humano el hecho de tener estas proposiciones por normales, actitud que deberíamos mantener mientras podamos. Por lo que respecta al vaticinio, cuando éste se *enuncia*, no existe *todavía*, por definición, la realidad que *anuncia*. Ahora bien, en el vaticinio que llamamos 'normal', el advenimiento de lo anunciado ocurre independientemente de que se le enuncie o no.

Caso ideal de tal independencia sería el vaticinio (o predicción, para no alarmar a algún hombre de ciencia) derivado como caso de una 'ley científica': ocurridos ciertos fenómenos, podemos afirmar que hay un alto grado de probabilidades de que se produzca un fenómeno determinado en tal oportunidad y bajo tales circunstancias. La ocurrencia del fenómeno sólo está en conexión a la ocurrencia de otros fenómenos antecedentes, de los que depen-

<sup>2</sup>No es lo mismo que la relación entre el emisor de A y f. Esta última debe ser: 'el emisor enuncia f y ninguna otra.

<sup>3</sup>Decimos que el fenómeno ocurre (existe) independiente de la proposición que lo declara; no decimos que los fenómenos son absolutamente independientes del lenguaje que los expresa. No creemos que esto último sea exacto.

de. Por su parte, la predicción del fenómeno en cuestión depende de, y está fundado en:

- a) el conocimiento de una ley general de comportamiento para ese tipo de fenómenos;
- b) el conocimiento de las circunstancias determinadas que posibilitan el cumplimiento de la ley.

Así, puedo predecir que esta piedra caerá, según una ley conocida de gravitación (a), una vez que la suelte de mi mano (b). Y es probable en el grado casi de la certeza que no me equivoque.

También puedo predecir, establecidas ciertas regularidades en la masa de los fenómenos atmosféricos, y conocidas además las actuales condiciones para la ciudad de Santiago, que 'mañana habrá buen tiempo, aquí, en Santiago'. Y es muy probable que me equivoque.

En resumen: la relación entre fenómenos (el cumplimiento de un comportamiento determinado) y las enunciaciones de predicción (el anuncio anticipado del cumplimiento) es en el caso del vaticinio normal una conexión *no fáctica*, al menos en este sentido concreto: la proposición —pese a anteceder el fenómeno que enuncia— no produce los fenómenos que anuncia<sup>4</sup>; sólo los significa.

B. Veremos ahora el segundo criterio. Hay vaticinios que mantienen una relación fáctica con los fenómenos que enuncian. Tal relación es diversa en cada uno de los tipos que vamos a presentar: el vaticinio *suscita* conductas, *induce* actitudes, enseña el sentido de la posibilidad, etc. Tal relación es diversa además en cada caso respecto de los sujetos a los que va dirigido el vaticinio. Señalaremos 3 tipos, según los diversos modos de darse esta relación:

## I

Examinemos en primer término cierta especie de proposiciones que llamaremos 'de interés social'. Supongamos que un hombre que sabe lo que dice y sabe por qué lo dice declare públicamente que el próximo año se agotarán en el país las reservas en moneda extranjera. Es más que probable que aun cuando las condiciones actuales no se inclinan hacia nada parecido, por el hecho de anunciar la escasez, las condiciones se inviertan y de hecho se produzca el agotamiento denunciado. Para decirlo casi con una imagen: es conocidísima la estratagema de hacer correr la noticia de la inminente quiebra de un

<sup>4</sup>Tampoco nos parece que 'normalmente' el fenómeno 'produzca' la proposición.

banco comercial a fin de hacerlo quebrar realmente. Y los ejemplos pueden multiplicarse: 'Profecía que se cumple a sí misma' es el nombre que Merton da a estos hechos. Y define así las cosas: 'La profecía que se cumple a sí misma es, en su origen, una definición falsa de una situación, que *suscita* una nueva conducta, la cual convierte en verdad tal concepto, originariamente falso'<sup>5</sup>.

Un problema nos ofrece la descripción de Merton: resulta que con tal descripción quedan incluidas proposiciones que no son estrictamente hablando vaticinios o profecías. Por ejemplo: la encuesta que afirma que la opinión del electorado está distribuida de tal o cual modo. Aún cuando es posible que tal enunciado haga de hecho variar la realidad electoral hacia el porcentaje deseado, sin embargo, tal proposición no es un vaticinio, ni pretende serlo. Lo que pretende es ser un cuadro veraz 'del actual estado de las cosas', supuestamente inalterable de aquí a las elecciones.

Dejando de lado esta reserva, habría algo más que decir de estas proposiciones de 'interés social'; ya está señalado cuál es su rasgo distintivo: se trata de proposiciones cuya relación con los fenómenos que significa es una *relación fáctica*. Con esto queremos decir que no se limitan a significar sino que de alguna manera —que intentaremos determinar mejor— influyen en la situación que describe. Influye *suscitando* como muy bien dice Merton, la situación que describen y 'convirtiendo en verdadero un concepto originariamente falso'. Pero, a este rasgo distintivo habría que agregar otros: a) la proposición va dirigida a un grupo social que recibe la información como digna de crédito; b) 'Lo que va a ocurrir', el anuncio de la proposición, *no es deseable, no debería ser, no debería ocurrir*; c) y entonces cada elemento del grupo social se mueve a fin de que, individualmente, no le ocurra lo que no desea. La suma de estas acciones configuran el fenómeno profetizado, *sin que medie ninguna otra acción que explique el fenómeno que no sea 'la acción' de la profecía misma*.

## II

Vamos a alejarnos ahora de los fenómenos de interés social para ir a examinar algo que en otro trabajo llamábamos 'vaticinio inductor'<sup>6</sup> y que representa uno de los ejemplos más netos de 'producción' de un fenómeno a partir de la

<sup>5</sup> Robert Merton. *Teoría y Estructuras Sociales*, Fondo de Cultura Económico, México, 1964 (p. 421).

<sup>6</sup> Sobre el vaticinio inductor: Humberto Giannini, *El Oráculo de Delfos*. Introducción. Ed. Universitaria, Stgo., 1970.

proposición que lo enuncia. Nos referimos al mito griego. Y expondremos las relaciones que allí se dan entre vaticinio y forma de cumplimiento sin importarnos para nada si tales hechos —los que narra el ‘mito’— ocurrieron alguna vez o si los personajes tuvieron existencia en algún mundo.

En pocas palabras: habiendo declarado los dioses por medio de un oráculo que tal personaje sufrirá tal o cual desgracia, éste realiza todos los actos que cree conducentes a evitar la predicción. Pero, *justamente* por quererla evitar, las cosas ocurren tal como lo ha anunciado el oráculo. Esta, la estructura trágica de la trama. En la tragedia griega el vaticinio inductor se realiza (se hace real) una y otra vez movido por la acción de sus propias víctimas: Teseo, Priamo, Edipo, Casandra, etc.

Ahora bien, entre los tipos I y II existen algunas diferencias que quisiéramos destacar. El vaticinio inductor elige como víctima a un individuo; ‘la profecía que se cumple a sí misma’, a un conglomerado social. Y este hecho implica una divergencia fundamental: en la ‘profecía’ de Merton el individuo actúa para sustraerse a los efectos de un vaticinio *que da por sentado que va a cumplirse*. Acapara víveres, para sustraerse a la hambruna general que se ha profetizado. Objetiva y subjetivamente es uno de los medios por los que se cumple la profecía. En el caso del vaticinio inductor las cosas marchan de un modo bastante diferente: hay *un único sujeto* a quien va destinado el vaticinio. Por tanto, tal individuo no puede escapar al vaticinio: evitar su cumplimiento significa lisa y llanamente negarlo, invalidarlo. Y justamente en ese acto reside la heroicidad de la empresa: en desafiar la voluntad de los dioses. Podemos afirmar, entonces, que el héroe sólo *objetivamente* es el medio por el que se cumple la predicción; subjetivamente se ha rebelado contra ella. Y en eso consiste su des-gracia.

### III

Hacia notar B. Jasinowski<sup>7</sup> que el cristianismo transportó las columnas exteriores del templo griego al interior del nuevo templo. Lo que es un hermoso símbolo de la interiorización que presenta la religión cristiana respecto de la griega. Es pertinente recordar esto por la analogía que se nos ofrece entre la palabra oracular de los dioses griegos y el Verbo interior del Dios cristiano<sup>8</sup>.

<sup>7</sup>Bogumil Jasinowski. ‘Sobre algunos puntos en la Historia de la Ciencia Exacta en relación con la Historia General del Espíritu’, en este mismo número.

<sup>8</sup>»Verbo interior« o »verbum cordis« en oposición a »verbo exterior«, según Sto. Tomás.

Desde la perspectiva a la que ahora nos ceñimos, notemos lo siguiente: el Verbo de Dios es una palabra *productora*, una palabra que *funda absolutamente* la realidad que pronuncia: 'Hágase la luz... y la luz fue hecha'. Esto será esencial. Sin embargo, no olvidemos lo que se advertía a propósito del 'mito' griego: que no es preciso que nos pronunciemos ahora a favor o en contra de los fenómenos que vamos a analizar, tales como la productividad de Dios. Se trata, como antes, de describir el nexo entre proposiciones y fenómenos reales o supuestos. En este punto de nuestro trabajo no podremos evitar algunos términos tales como 'acto de conciencia' o 'Palabra' (en vez de proposición). Trataremos de emplearlos, eso sí, en un sentido más bien operatorio y relacional. Por ejemplo: mientras que 'los fenómenos físicos' son producidos y mantenidos en su ser —según el dogma cristiano de la creación— por la Palabra que los pronuncia, 'el acto de conciencia' lo presentaremos como 'el acto de entender la Palabra'<sup>9</sup>. Es decir: como 'algo' que no está fundado (o causado) en su acción por la acción verbal de Dios, pero que sí depende de ella. Ahora, que exista tal Palabra o que haya existido el Adán del que vamos a hablar, o por último, que haya algo como 'el acto de entender la Palabra', todo esto tiene cabida en otro tipo de investigación.

Pensamos que el vaticinio inductor es más radical que la 'profecía' de Merton, puesto que en aquél la víctima no actúa para eludir simplemente los hechos que 'van ciertamente a ocurrir', sino para desmentir la proposición, para *invalidar el Oráculo*<sup>10</sup>. Nos corresponde decir algo ahora de Adán, del hombre primordial de la narración cristiana.

Vimos que 'la profecía' de Merton elige como 'medio' de su cumplimiento al grupo humano receptor del enunciado; el vaticinio propio del 'mito' elige al hombre trágico, al héroe, que carga sobre su individualidad todo el peso del cumplimiento. En el caso del 'mito' cristiano se trata como en el griego, de un solo hombre; pero, hay aquí una diferencia fundamental: Adán además de ser uno solo es *único*, es decir, que es al mismo tiempo *individuo* y *especie*. De ahí derivaría una consecuencia inesperada: que lo que es válido para Adán es válido para todos los hombres.

Veamos ahora la forma en que ocurriría el nexo. En el caso de la 'profecía' de Merton, *por medio* del enunciado cada individuo se *subtrae* a las consecuencias de la profecía; el individuo 'mítico', en cambio, se rebela contra el Oráculo, su acción *tiende a desmentir* a los dioses; Adán y la especie, por

<sup>9</sup>Por ese acto que entiende la Palabra el hombre es llamado también 'animal racional'.

<sup>10</sup>Sócrates es el último héroe, 'secular', en relación de conflicto con el Oráculo de Delfos. Me remito a la obra citada.

último, *por medio* del vaticinio se constituyen en una nueva dimensión de ser<sup>11</sup>.

El vaticinio es el siguiente: la Palabra dice qué es lo que no debe hacerse; pero a través de su declaración vaticina que eso que no debe hacerse será hecho<sup>12</sup>. Y es vaticinio inductor puesto que se hará *a partir* (por medio) de la Palabra que lo declara. ¿Cómo es que puede ocurrir todo esto?

Así como, por una parte, teníamos antes la proposición en la que *se funda* el fenómeno profetizado, ahora tenemos la Palabra de la cual *depende* el acto de entender la Palabra. Y depende, por cierto, de lo que diga esa Palabra. Ahora bien, respecto del ser humano le dice *qué es lo que no debe hacer* (No comerás del fruto del... etc.) a fin de que no ocurran ciertos hechos (la muerte, por ejemplo). La Palabra no crea, no funda nada, puesto que lo que dice es algo negativo: una prohibición. Pues bien, en el momento en que pronuncia la prohibición *enseña* 'desde fuera' un límite para la conciencia a fin de que ésta sea, desde sí, conciencia del límite<sup>13</sup>. Límite que se limita a sí mismo. La Palabra *ha enseñado* al acto de entenderla el reino de la posibilidad. Y con esta enseñanza surge concretamente la posibilidad de realizar justamente el acto que tal enseñanza prohibía. Pero esto ya estaba escrito: 'El árbol ha recibido el nombre de árbol del conocimiento del bien y del mal, por el mismo hecho de la desobediencia'<sup>14</sup>.

Universidad de Chile, Sede Santiago Norte

<sup>11</sup>Se crearía esta nueva dimensión de ser en los hombres posteriores a Adán *por medio* de una nueva relación, análoga, pero sólo análoga a la primera. Esto sería lo que expresa Pablo cuando dice: 'Yo no he conocido el pecado sino por la ley'. La ley, como antes la Palabra prohibitiva, revela un límite para mis actos y me reduce a conciencia del límite, pero al mismo tiempo me muestra la posibilidad de transgredirlo. Pero, la ley es distinta de la Palabra. Es cierto que también me dice 'no harás esto o aquello' —lo que no debe ser— pero, no posee en sí fuerza alguna para mantenerme dentro de los límites. La ley, sólo como ley, sólo como letra muerta, con su impotencia revela la potencia de la posibilidad del Mal. No se conoce el pecado sino cuando se ha conocido la ley que sólo prohibiéndolo, lo muestra.

<sup>12</sup>Agustín fue el primero que vio que en la trama total de la escena de la prohibición hay un vaticinio que se cumple a partir de él mismo. Consultar: *De Genesi ad litteram*, VIII, 14, 31.

<sup>13</sup>También tuvimos presente la definición que da Kierkegaard de la consciencia: 'Una relación que se relaciona a sí misma'. Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, p. 17, Ed. Sud Americana, Bs. Aires.

<sup>14</sup>San Agustín, *De Genesi*. VIII, 14, 31.